

El euro lleva a la unión política

Felipe González

Con este título publiqué un artículo en *El País* el 3 de mayo de 1998. El Consejo Europeo había decidido iniciar la transición entre las monedas nacionales y la moneda única. Decía entonces: “Europa vive sin alegría un acontecimiento de dimensiones históricas: la entrada en vigor del euro. Es de temer que pocos estén evaluando positivamente, y en toda su dimensión, el paso que se está dando en la construcción de Europa. Los más se mueven entre la indiferencia y el rechazo, pasando por la *malaise*. Los que creemos en ese proyecto, los que queremos más Europa, menos nacionalismo rampante, tenemos el deber de explicar, de corregir defectos y errores, de avanzar en la definición de los pasos que tenemos que dar, inexorablemente, para conseguir nuevos objetivos, para evitar una regresión a las zonas de influencias, a las divisiones que desgarraron al continente destruyendo la paz, liquidando la prosperidad, dos veces en este siglo.

”La moneda única es la mayor cesión de soberanía desde la fundación, si por tal entendemos el Tratado de Roma. Ceder para compartir, no ceder para someterse como ha ocurrido durante siglos. Cuando se afirma que este paso nos debe llevar a la unión política, se dice algo coherente y se olvida

Felipe González ha sido presidente del gobierno de España (1982-1996).

Los choques asimétricos que sufre la zona euro eran previsibles debido a las deficiencias estructurales del proyecto. A ello se une la mala gestión de la crisis, con una apuesta exclusiva por la austeridad. ¿Opciones? Más unión o irrelevancia internacional.

algo elemental. Coherente, porque será imposible dejarlo ahí, sin dar otros pasos. Se olvida, no obstante, la naturaleza política esencial de la decisión, la cesión de uno de los elementos de soberanía que definen nuestros Estados nación”.

Y se olvida que “para que la política monetaria pueda mantenerse por encima de las crisis que inevitablemente seguiremos conociendo, con sus posibles choques asimétricos en las distintas regiones de Europa, lo que importa no es el tan reclamado ‘control democrático’ del Banco Central, que no practicamos en nuestros países, sino la estrecha cooperación en las políticas económicas de los Quince. No se puede olvidar que el tratado nace como Unión Económica y Monetaria, aunque se haya quedado por el momento en unión monetaria, cojo de una pata imprescindible para el equilibrio de la andadura europea.

”Es más comprensible, por coherente, la postura de rechazo frontal de los nacionalistas antieuropeos que la indecisión y las contradicciones de los europeístas. Por eso avanzan en Europa, porque no nos atrevemos a decir con claridad y a poner en práctica con decisión lo que queremos cuando defendemos la unión política de Europa, incluso como la consecuencia lógica de la unión monetaria. No nos atrevemos a decir claramente que la unión que queremos es la de la diversidad cultural de Europa, que queremos defenderla y reforzarla, conociéndola mejor, como una riqueza

compartida de las naciones y de las regiones de esta Europa nuestra. No pretendemos la homogeneización de identidades diversas, porque son estas las que nos definen como europeos que pertenecemos a una misma civilización, ni mejor ni peor que otras, pero que es la nuestra. Los antieuropeos yerran en su apreciación del proceso, porque temen perder identidad nacional o porque no renuncian a viejas pretensiones hegemónicas arrumbadas en la Historia. Se equivocan porque no comprenden el cambio mundial que se está produciendo, que nos sitúa, como pueblos de Europa, ante un dilema fantástico: o débiles en la dispersión y el enfrentamiento, o fuertes en la unión.

”El tratado que llamamos de la Unión Europea, apunta el camino, aunque tibiamente, como con temor. No solo decidimos ampliar el pilar común con una Unión Económica y Monetaria; decidimos algunas cosas más, trascendentales pero asumidas con temor.

”Recordemos que afirmamos querer una Política Exterior y de Seguridad Común, es decir, que vemos claro, aunque sin fuerza para ponerlo en práctica, que es insostenible ser ‘un gigante económico comercial’ en el mundo y un ‘enano político’. Bueno, insostenible no es, porque lo somos y podemos seguir así. Es sencillamente incoherente, rayano en la irresponsabilidad ante los ciudadanos de Europa.

”Recordemos que decidimos poner en marcha una especie de Europol, aunque avancemos a paso de tortuga, cuando no de cangrejo, en algo tan sensible para todo el mundo como la seguridad interior en la zona libre de fronteras que hemos creado. Los ciudadanos no pueden entender, con razón, que la libertad creada para todos no esté garantizada para todos con instrumentos comunes de lucha contra los liberticidas, bandas criminales organizadas que no conocen fronteras, pero saben aprovecharlas para escapar a la policía y a la justicia.

”Recordemos que decidimos en ese tratado los primeros pasos de una ciudadanía europea como un plus de la ciudadanía de cada uno de nosotros como nacionales de los 15 miembros de la Unión. Un verdadero elemento de cohesión que expresa bien lo que algunos de nosotros pretendíamos cuando introdujimos el concepto, lamentablemente interpretado de manera reduccionista. Ser ciudadano francés, alemán, británico, italiano, español, de todos y cada uno de los países de la Unión, plenamente, con todos sus derechos y su peso de identidad, al tiempo que se tienen derechos complementarios y compartidos como ciudadanos de la Unión Europea. ¡Lástima que incomprensibles recelos nacionalistas nos impidan ver lo que supone de

cohesión, para compartir consciente y libremente el proyecto europeo, esta ciudadanía añadida!

”Recordemos, en fin, que habíamos aprobado una Carta Social Europea, de la que solo se autoexcluyeron los conservadores británicos. Era y es un mínimo que expresa la vocación europea y su modelo civilizatorio como sociedad integrada capaz de respetar e impulsar la libertad de iniciativa en la empresa y en la cultura, defensora del individuo como persona portadora de derechos inalienables y a la vez por eso preocupada por el desarrollo de un sistema solidario que permita dar más a los que pueden menos.

”Necesitamos esa Europa unida para entrar en el siglo XXI, limitando las incertidumbres propias de esta época, y aprovechando las oportunidades inmensas que se abren. En beneficio de los europeos y también de un nuevo orden mundial más equilibrado y solidario.

”Necesitamos recordar que el euro es un instrumento para este proyecto, una herramienta, no un fin en sí mismo, y menos un becerro de oro”.

Hasta aquí llegaba la parte fundamental de ese pronunciamiento, cuyo elemento más significativo es la fecha de publicación, justo en el momento en que acababa de reunirse el Consejo Europeo que ponía en marcha la parte final del proceso de la moneda única.

Crisis previsibles

Se dice ahora que era imprevisible que ocurriera una crisis financiera que pusiera en peligro la moneda única, pero no es cierto. Aunque no era previsible la magnitud de la crisis del sistema financiero internacional, sí lo era, y lo advertimos en un informe de la Fundación Notre Europe, presidida por Jacques Delors, que se produjeran los choques asimétricos en algunos países de la zona euro que estamos viviendo.

Recuerdo los debates que nos llevaron a la aprobación del tratado de la Unión Europea hace 20 años. Atravesados de forma imprevista por la caída del muro de Berlín, el hundimiento de la URSS y la reunificación de Alemania. Fueron acontecimientos muy positivos para Europa y para el mundo, pero distorsionaron la marcha hacia la profundización de la construcción europea.

Si pensamos que el debate y los acuerdos para aquel tratado se producían entre 12 países y que hoy, solo en la zona euro somos 17, y en la Unión vamos por 27, se podrá entender la dificultad de ampliar y profundizar a la vez. Más aún si se piensa que para los países del centro y del este de Europa,

con soberanías recién recuperadas, la incorporación al proceso comportaba –como para todos– cesiones de soberanía que sentían como dolorosas.

Pero lo fundamental para comprender la crisis en que estamos inmersos es analizar los problemas estructurales que la definen y las políticas con las que se ha afrontado el desafío.

El euro se pone en marcha con la supuesta garantía del llamado Pacto de Estabilidad y Crecimiento, seguramente con la convicción de que es suficiente para garantizar la estabilidad del modelo. Por tanto, desde el principio se olvida la parte de unión económica prevista en el tratado, que debería coordinar las políticas económicas y fiscales de los países miembros.

El Pacto de Estabilidad centra su atención en el equilibrio de las cuentas públicas, exigiendo unos parámetros conocidos: límites del tres por cien de déficit y del 60 por cien de deuda. Hasta el momento de la implosión del sistema financiero, un país como España cumplía estos parámetros en demasía, con mucha mayor exigencia que Alemania o Francia (que incumplieron y consiguieron prórrogas sensatas). En el caso de España, teníamos un superávit del dos por cien y una deuda pública del 37 por cien, acompañados del mayor crecimiento entre los países grandes de la Unión Europea y la mayor tasa de creación de empleo.

¿Dónde estaba produciéndose el problema? En las cuentas privadas, en el endeudamiento vertiginoso de familias y empresas, ambos reflejados en un deterioro serio de las balanzas comercial y de pagos. Esta era la verdadera divergencia de España respecto de Alemania, e incluso de Francia. Aquí era donde se estaba incubando el choque asimétrico que nos ha llevado a la desastrosa situación actual.

Y lo peor de ese desequilibrio era su composición, que ponía de manifiesto nuestra dependencia del ahorro externo para financiar nuestro crecimiento y la naturaleza de este: aumento del consumo de ladrillo y cemento con pérdidas de competitividad constantes.

A esta deficiencia estructural del modelo, que olvidaba las divergencias económicas de los países miembros, se ha sumado una pésima gestión de la crisis. El dominio absoluto de los países que imponen solo austeridad como receta, encabezados por Alemania, nos está metiendo en un proceso recesivo que, de manera paradójica, aumenta las dificultades para equilibrar las cuentas públicas deterioradas por la crisis financiera.

Se ha enfocado el problema de la deuda como un problema de solvencia, olvidando la necesidad de liquidez y de políticas de crecimiento. Esta

ceguera para afrontar la crisis, a diferencia de la política en Estados Unidos, nos arrastra a situaciones de riesgo de solvencia.

Además, en el modelo de unión monetaria sin unión económica y fiscal, la otra pieza del sistema, el Banco Central Europeo, no puede ejercer las funciones de banco de último recurso, como la Reserva Federal o el Banco de Inglaterra, pero impide cualquier política monetaria a los bancos de la zona euro.

El mecanismo que se ha desencadenado es perverso y quiebra el principio de solidaridad en que se funda la Unión Europea y toda su historia de progreso. Tal vez el premio Nobel de la Paz debería servir como recordatorio de esta frustración de expectativas que está dando alas a los nacionalismos insolidarios.

Ahora se generaliza la conciencia de que la única salida razonable es avanzar hacia la unión; más allá de la moneda única y del pacto de estabilidad, hay que conformar una unión bancaria, económica y fiscal que evite regulaciones diferentes para operadores que están en un solo mercado, así como divergencias económicas y fiscales que lleven a choques asimétricos como los que vivimos. Más federalización, en definitiva, como corrección estructural.

Las alternativas son dramáticas: desde el coste de la desaparición del euro, que arrastraría a la construcción europea, de más de medio siglo, hasta la inoperancia del proceso actual, en el que se producen decisiones cortas y lentas que nunca resuelven los problemas.

Además, para salir de este agujero hay que activar políticas de crecimiento y empleo, compatibles con un ajuste más suave de los desequilibrios de déficit y deuda.

El crédito de Europa es incompatible con el nivel insoportable de paro que padecemos.

Conclusión: o avanzamos seriamente hacia la unión política o el gran proyecto europeo iniciado tras la Segunda Guerra mundial se frustrará y nos arrastrará hacia la irrelevancia en esta nueva realidad global.